breza y fealdad, y la llama de vuestro infinito amor, tocando mi alma, terminará haciéndome llama de amor.

Así os lo suplico. Hacedlo así en mí.

DECIMAOCTAVA LECTURA-MEDITACION

(Ultima del retiro)

Perseverancia en el amor de Dios

319. Os doy gracias, Dios mío, porque me llamasteis para que estuviera estos días viviendo sólo con Vos, y pusisteis fuerza en mi voluntad para retirarme y desocuparme de toda otra ocupación exterior o interior que no fuera estar y tratar con Vos. *Sólo con Vos; todo para Vos y Vos conmigo.*

Esta es la perfecta vida religiosa, que abracé en mi profesión, que Vos me señalasteis en mis leyes y en el espíritu de mi Orden y que, por lo mismo, debo vivir diaria y continuamente. Toda mi atención y toda la intensidad de mis potencias debe estar centrada en Vos y en vivir vuestro amor en todos los actos y en todas las acciones de mi vida de comunidad y mi vida particular. ¡Qué admirablemente y con cuánta misericordia me habéis mostrado la hermosura y el encanto del alma que vive perfectamente para Vos con el primor y delicadeza de vuestro amor.

Porque con vuestro amor Vos mismo vivís en el alma y hacéis de esa alma el jardín floridísimo hermoseado con toda la hermosura de las virtudes y saturado con los perfumes del Espíritu Santo. Con vuestra luz he visto que así queréis sea mi alma; que así debiera ya ser mi alma, y si no lo es aún es porque yo he faltado a mi fidelidad y a la palabra que os di al consagrarme a Vos. Dije entonces que renunciaba al mundo y a mí mismo y me consagraba a Vos; pero no he acabado de romper con las complacencias del mundo ni de libertarme de la esclavitud de mi amor propio en los gustos de mi cuerpo y en las disipaciones de mi espíritu. He cuidado del cariño de mis niñerías, que me han llenado las potencias del polvo de la presunción y de la comodidad, y he estorbado me vistierais vuestro vestido y limpiarais mi alma para venir Vos a vivir en ella. Dios mío, os suplico que de aquí en adelante me entregue yo a Vos y me vacíe de todo lo que no sois Vos, para que Vos me hagáis perfectamente vuestro y me transforméis.

320. Estos días de retiro con Vos no son días de intranquilidad, ni para atormentar el espíritu, como he oído a algunos. Vos sois la paz misma y el dador de toda paz, y los días consagrados a vuestra intimidad han de ser días de paz, de iluminación, días de gozo filial, sintiendo vuestro abrazo de Padre. Os doy gracias porque con el amor que me habéis mostrado habéis despertado y desperezado mi alma para querer lo que nunca debiera haber dejado de querer. Os pido, Padre y Señor mío, más luz y mayor fortaleza para que ya siempre sea constante

en los propósitos que me habéis inspirado. ¿Por qué no he de ser santo religioso? ¿Por qué no he de vivir toda la intensidad de la vida interior y toda la verdad de vuestro amor como Vos lo queréis y yo lo prometí? Con esa ayuda os prometo ser fielmente vuestro y totalmente vuestro en todo. *Sólo con Vos; todo para Vos y Vos conmigo. Que mi amor sea vuestro y vuestro amor sea mío.*

En estos días de total recogimiento, en que está mi alma apartada de todas las cosas, veo más claramente mi pequeñez y mi nada y la infinita misericordia y bondad vuestra en llamarme e instarme a que me ponga y me meta todo en la suavísima y feliz luz de Dios, viviendo perfecta y abnegadamente mi vida de religioso consagrado al Señor. Estos días me estimulan a amar más, a ofrecerme totalmente al divino amor, a abrazarme más fuertemente a la sabiduría de la cruz.

321. Son, pues, los días de retiro con Dios días de más continuado e intenso ejercicio de amor a Dios, y el amor enseña más que todas las reflexiones y pensamientos y comunica las firmes determinaciones para vivir las más heroicas virtudes y la vida santa que profeso en toda la perfección.

Dios me ha enseñado amoroso, pero insistentemente, el propósito que he de hacer y cumplir y la determinación irrevocable de mi vida futura: *He de amar a Dios con todo mi corazón sin dividirle en otras complacencias o disipaciones,* diciendo con San Juan de la Cruz, que entero para El solo se guardaba.

He de ser de Dios y obrar todo, sólo y siempre para Dios.

¿Qué menos he de hacer yo por amaros a Vos, Amor infinito, que tanto me amáis y que me queréis para vuestro amor feliz del cielo? En el Evangelio me dice Jesús: *Como el Padre me amó a mí, así os he amado yo.* Y así quiero amaros yo a Vos, Dios mío.

El Padre amó al Verbo con amor sustancial e infinito, pues es una misma esencia y un solo Dios con El y el Espíritu Santo, aunque en tres personas, como me enseña la fe y la teología intenta explicarme. Mi entendimiento no lo entiende ahora; lo entenderá y gozará después en el cielo. El Hijo está unido al Padre, siendo una simplicísima sustancia, inseparable, indivisible, infinita y omnipotente y se aman en perpetuo amor infinito, con infinito gozo.

Jesús me dice que de semejante modo me ama a mí y ama a cada uno de los hombres. ¡Qué noción tan alta y profunda, tan amorosísima e inmensa está encerrada en esta enseñanza del amor que Dios nos tiene! A mí no me puede amar Dios como a una sustancia y una naturaleza única con la suya, ni puede hacerme una sustancia infinita como la suya; pero soy criatura suya; ha criado mi alma de la nada y de tal manera me ama que quiere transformarme y sobrenaturalizarme uniéndome en unión de amor con El, si yo quiero y muestro mi voluntad cooperando a sus llamadas y a las gracias que me da.

El Verbo se hizo hombre tomando mi misma

naturaleza y se me dio y se me da actualmente y quiere que yo me de a El, para transformar mi pequeñez y, en cierto modo, divinizarme, poniendo su amor en mi alma por la gracia, y llegando a unirse a mí en unión de amor si yo guardo toda mi fidelidad. ¡Para esto me llama y me ha escogido! No me da sus atributos divinos, porque no es posible, pero me hace participante de ellos a medida de mi voluntad, que se muestra en mi correspondencia, dándome su amor, su sabiduría, su santidad y en proporción, prometiéndome su felicidad para siempre. Con ello me da la participación de su Vida divina en la medida que yo me entregue a su amor y una mi voluntad a la suya. ¡Cómo me amaste, oh Jesús bueno, cuando en la tierra viviste para ser mi modelo y cuando moriste de amor por mí en la cruz! ¡Cuánto me amas ahora en el cielo y me llamas a tu amor! Cuánto me amas en la Eucaristía, donde estás en amor para mí, realmente en humanidad y divinidad el mismo del cielo, y te haces mio y quieres hacerme uno Contigo!

El alma de Jesús, viviendo en la tierra, amó al Padre con el amor más excelso y más santo con que se le puede amar. Le amó con amor más intenso y más puro que los Querubines y Serafines, y al mismo tiempo le amó humildísima y obedientísimamente y con la mayor reverencia y confianza. Jesús fue la alabanza suprema a Dios de toda la creación y la voluntad de Jesús estaba unidísima a la divinidad como su entendimiento, formando con la Segunda Persona de la Trinidad una sola Persona; Jesús en todo hacía el querer de Dios y del perfectísimo modo que Dios quería y El clarísimamente veía.

Jesús se ofreció por mí y por mí alababa y daba gracias a Dios. ¡De tan delicada y altísima manera me amó! ¿No me daré y entregaré yo totalmente a El? Esto es lo que importa e interesa a mi alma: que yo me entregue totalmente en todos mis actos; que yo haga en todo la voluntad de Dios y le ame con todo mi amor en todas mis obras. Esto es ponerme en Dios y dejarme transformar. *Todo para Dios, sólo para Dios y siempre para Dios.* Si así lo cumplo, Dios no dejará de hacer su obra en mí, que es transformarme en su amor uniéndome en amor con El.

322. Nos mandó Jesús en el Evangelio que *permaneciéramos en su amor*; Jesús me manda que yo esté siempre en su amor, que cultive su amor en mi alma, que le tenga siempre a El en mi alma y mi alma esté con El amándole y, como El, haciendo en todo la voluntad de Dios.

El evangelista San Juan, que transcribe esas palabras, nos dice en otros lugares que lo que Dios nos manda es amarle y amarle con todas nuestras fuerzas y con toda nuestra ilusión; que nuestro fin es el amor y para el amor hemos sido criados; pero que amar es guardar los mandamientos de Dios, y el que está crecido en el amor y poseído del amor los guarda con toda delicadeza hasta en las más insignificantes insinuaciones y no piensa en otra cosa y vive en esa altísima realidad. Nos pide nuestra voluntad, nuestra cooperación, como si el Señor, infinitamente tierno y amable, no pudiera salir con su maravillosa obra de la santificación y de la transformación del alma en el amor divino sin esta de-

cisión nuestra. Es que me ha dado la libertad y no me la quita. Quiere que yo quiera; me pide esta constante decisión y, sin ella, no realiza mi santificación.

Dios me quiere santo y me ha llamado para que sea santo, pero tengo yo también que querer; tengo que esforzarme para decidirme con su gracia.

En eso conoceréis que me amáis, me repite: *en que guardéis mis mandamientos.* No sólo he de guardar los mandamientos del Decálogo en general, sino con toda la perfección y con toda delicadeza y primor, como me lo enseñó en *los consejos evangélicos para alcanzar la perfección.* El que ama intensamente nunca se mira a sí mismo, sino a la voluntad y agrado de quien ama y al amado se ha ofrecido, siendo este ofrecimiento según sea la verdad del amor. El amor intenso siempre obra con toda la delicadeza y primor y teme no hacer nunca cuanto debe ni con la perfección que puede.

Jesús me dijo: si le amo, debo negarme a mí mismo y tomar mi cruz. Si le amo, debo deshacerme en su obsequio y en agradarle, y su agrado y su voluntad es que yo practique las virtudes y esté en continua vela de amor. El amor arrastra el pensamiento y la imaginación y las potencias todas, ni deja otra ilusión sino la de pensar en el objeto amado.

323. Santa Teresa de Jesús se gozaba pensando que ya toda estaba perfectamente entregada a Dios y pronta para hacer su voluntad, y decía: *Ya toda me entregué y di, y vuestra soy, para Vos nací, ¿qué queréis, Señor, de mí?* Nada le negaba. Un día la dice

Nuestro Señor: *Hija, ¿sabes qué es amarme con verdad?* Y aun cuando ella solía ser tan pronta para contestar y aun cuando no pensaba en otra cosa sino en amarle, se quedó como cortada sin saber qué responder, y el Señor la dijo en seguida: *Entender que todo es mentira lo que no es agradable a Mí.* Por lo mismo deshacerse todo por Dios; inmolarse todo a Dios; no querer sino lo que Dios quiere y del modo que Dios lo quiere. Llena de esta verdad exclama la santa y me enseñaba a exclamar: *¿Qué se me da a mí de mí, sino de Vos?* ¿Qué hace el que por Vos no se deshace? Alma mía, humíllate ante Dios, dehazte en humildad, amor y reconocimiento ante Dios. Está siempre pronta para hacer en todo la voluntad de Dios practicando toda virtud y no quieras pensar en ninguna cosa, ni aun en ti misma, sino en Dios para ofrecerte a su servicio.

A veces pierdo mi paz pensando si me perderé o si no me santificaré, y el Señor quiere que ni aun eso quiera pensar, sino sólo en vivir para Dios, en estar pronto para toda virtud y dispuesto para deshacerme por El en la fidelidad a la virtud y a tener el pensamiento puesto en su querer. ¡Sólo un ideal debo tener presente; *sólo un deseo, un pensamiento y una aspiración: El de estar siempre puesto en las manos de Dios, haciendo su voluntad. El de pedirle que, puesto en sus manos, me deshaga para rehacerme a su gusto. Este es el amor y ésta es la santidad. Entonces estoy unido al mismo amor de Dios y hago lo que El quiere*!

324. Permanecerá el amor en mí y viviré vida de amor si tengo no la palabra en los labios, sino

la realidad de las virtudes en mis obras, y la fidelidad y prontitud en mi voluntad. ¡Esta es la vida que Dios me pide y la ofrenda que yo le hice en mi consagración! No soy mío, sino de Dios, y mi voluntad es hacer la voluntad de Dios. No me pide el Señor que me intranquilice pensando he sido negligente o he tenido este pensamiento, sino que me renuncie a mí mismo sinceramente y acepte sus divinas disposiciones.

Pero precisamente en esto está todo el amor: en entregarme y aceptar todas las divinas disposiciones, como las aceptó Jesús hasta la muerte y hasta la deshonra de la Cruz, aunque fueron voluntades criminales las que en ella le pusieron. Este deshacerme, este entregarme todo a las disposiciones divinas hasta morir, este vivir recogido en Dios y atento a su amor es lo que en principio llevo en el corazón y deseo y sé que es mi misión de amor y mi santificación; pero muchas veces hago traición a este deseo y llamamiento por mi inclinación hacia el exterior, a tratar con los hombres y a ver y curiosear lo que no me es necesario ni me ayuda; y por mi amor propio y vana ostentación y por la terrible atracción que el regalo y la comodidad ejercen sobre mi cuerpo y sentidos. Esto me impide llegar a vivir mi misión y a la realización que Dios quiere obrar en mi alma.

Dios mío, sé que mi misión y mi dicha y mi santificación es viviros a Vos; vivir vuestra vida, vivir vuestro amor. Sé que para este fin de unión de amor con Vos me habéis criado; sé que yo soy mi propio obstáculo. Deshacedme para rehacerme según Vos queréis.

Quiero y determino procurar vivirlo confiando en Vos mismo. No en mí que soy la inconstancia misma y la nada, sino en Vos, en vuestra misericordia y amor. Con todo mi corazón os suplico me concedáis ya que me entregue a morir a mí mismo para ser todo de verdad vuestro. Muera yo a mí mismo y venga vuestra vida a mi alma para que sea vuestro.

Es pensamiento muy predominante en las obras de Santa Teresa de Jesús que el alma esté entregada a Dios en amor; que lo esté en las obras y en las ocasiones; que lo esté en la humildad, en la caridad, en la obediencia, en la expiación. ¡Este es el verdadero y soberano amor! Este amor y esta vida os pido yo, Dios mío. Sé que Vos me lo queréis dar, hasta llenarme y rebosar, pero queréis que yo os los pida y coopere y confíe en Vos. ¡Dádmelos ya, Dios mío! ¡Labrad en mí vuestra imagen viva!

325. ¿Cuándo merecí yo, Señor, que os propusieseis labrar vuestra bellísima imagen en mi alma? El alma de los santos se derretía en agradecimiento de humildad a Vos. ¿Qué gracias os doy yo? ¿Cómo os guardo fidelidad y la guardo a vuestros llamamientos? Jesucristo con amor infinito y misericordioso los llamó a ellos y les enseñó la ciencia de la humildad y les dio el don de la caridad. El más grande santo se pospone más a todos los hombres y se ve más indigno, aun cuando pueda ofreceros el corazón más lleno de virtudes y de amor que los demás. La ciencia de la humildad ennoblece el alma y la hermosea y atrae a ella el amor. La ciencia práctica de la humildad da independencia y alteza en su ofrecimiento a Dios.

Se lee en la vida de San Macario que, atravesando el río Nilo en una navecilla en compañía de otro religioso, no se ocuparon de cumplidos ni de atenciones con los demás pasajeros de momento, sino continuaban entregados a su vida de vivir sólo para Dios. Atravesaban el río en la misma navecilla tres generales romanos, que entonces dominaban todavía en aquellas tierras, e iban pendientes de su distinción, de su porte, de su rango, procurando en todo lo mejor y ser los primeros. Vieron a San Macario y a su compañero completamente despreocupados y atentos a algo indecible con una sencillez encantadora. Impresionados los generales por aquella sencillez y el no sé qué que pone la virtud, se acercaron a los dos solitarios y les dijeron admirados: «Di chosos de vosotros que, viviendo vida más santa os sabéis despreocupar de todo viviendo desprendidos del mundo.» Y San Macario les contestó, lleno de amabilidad: «Pobres de vosotros que sois esclavos de los demás, pues estáis pendientes de vuestro honor, de vuestra dignidad y de vuestros cumplidos y atenciones.» Consideraban más feliz a San Macario en su sencilla despreocupación que lo eran ellos, y San Macario se veía más dichoso que la esclavitud que llevaban ellos pendientes de los modos mundanos, aun cuando en el exterior aparecía en estos hombres, como aparece en las personas mundanas, el esplendor del boato que deslumbra y la sonrisa que engaña.

Todo le sonreía a Amán, el gran ministro de Asuero; pero vivía amargado y como desgraciado, porque no recibía los honores de Mardoqueo. ¡Que no me haga, Dios mío, esclavo de la apreciación de

nadie, sino de Vos sólo, y humilde servidor de todos por amor vuestro y por caridad y humildad! Pues me he retirado de todo, que sea una realidad este alejamiento y despego y, desprendido de la negra honrilla y de la opinión y estima de las criaturas, esté atento a ser totalmente tuyo, a agradarte a Ti solo y a servir por amor tuyo a mis hermanos. ¿Qué me debe importar que los hombres me amen o no me amen, que me alaben o me vituperen? Lo que quiero y me interesa es que Vos me améis de tal manera a mí que me enseñéis a amaros con toda mi alma y mis fuerzas. En cierta manera ni aún me debiera preocupar de si Vos me amáis, porque yo sé y me lo dice la fe que me amáis en misericordia infinita con un amor tan intenso como yo no puedo figurármelo. Si yo os deseo amar y os amo, es porque me dais vuestro amor.

326. Lo que me importa y donde está mi ganancia es que yo me deshaga en amor vuestro, muy a solas con Vos, muy en secreto de amor y pueda decir:

> Un alma en Dios escondida
> ¿Qué tiene que desear
> Sino amar y más amar
> Y en amor toda encendida
> Tornarte de nuevo a amar?

Amarte siempre y tener obras de amor es mi misión. El alma de amor no puede dejar de ser humilde ni puede desconfiar de Dios. Si desconfío, pienso mal de Dios y Dios es el amor. ¿Cómo voy a desconfiar de Dios si me ha llamado para hacer

su obra de amor en mí y ya la ha empezado? ¿Si es El mismo el que me está labrando? Dios mío, llenadme de vuestro amor y con el amor me llenaréis de humildad y me llenaréis de caridad para con mis hermanos y me llenaréis de fidelidad en todas mis obras. El amor, porque es humildad, es obediencia y delicadeza.

Un día dijo el Señor a Santa Margarita de Austria, que la pedía tuviera tres condiciones en su amor, que son las señales del verdadero amor: *La primera, que le amase con todo el corazón. La segunda, que se menospreciose a sí misma. La tercera, que no juzgase al prójimo.* Así amaron los santos. Así se santificaron los santos. Así permanecieron en el amor de Dios y Dios llenaba su corazón y se hacía presente en sus almas. Así tengo que santificarme yo, y con estas obras mostraré que permanezco en Dios y Dios mismo está en mí. No necesito pensar mucho ni estudiar mucha teología para saber esto. Me lo enseña clarísimamente el Santo Evangelio. Lo que necesito es querer vivirlo y dejar que Dios me llene de amor y me transforme.

Alma mía, tu mirada, tu atención ha de estar en lo alto, en Dios. Vive la exclamación de San Juan de la Cruz: *¡Alto a vida eterna!* ¡Mirada de amor a Dios! Que toda la intensidad de mi corazón y toda mi ansia sea pensar en Dios y obedecer la voluntad de Dios. Ni siquiera debo inquietarme pensando si se perderá mi alma. Si yo la he puesto en las manos de Dios y Jesús ha dado su vida para salvármela, si Dios me ama más que yo a El, ¿cómo puedo inquietarme creyendo me la dejará perder? Dios mío, en Ti confío. Que yo ratifique mi ofrecimien-

to de tenerla en tus manos; que yo me ocupe sólo de obedecerte, de amarte y serte fiel; que rechace toda tentación de desconfianza, aun cuando se presente con aspecto de humildad; la verdadera humildad siempre es confiada. Dios mío, en tus manos pongo mi salvación y mi santificación. Dame amor para que te ame.

327. Siento que el demonio me presenta estos pensamientos: «Como no soy nada y he correspondido tan infielmente al llamamiento de Dios, es muy justo que Dios se haya cansado de mí y me deje perder.» ¡Es muy justo!, pero la fe me enseña que Dios no se cansa nunca. Quien se cansa es mi flaqueza y mi inconstancia. Presumido y soberbio sería si no viera que no soy nada; pero soy florecilla de Dios y si Dios no cuidara esta florecilla ciertamente me perdería, pero Dios no se olvida de esta florecilla que El crió para su gloria y para su gloria la conserva y la cuida; Dios es mi Padre y no puede olvidarse de este su hijo, que acude humilde a El y le pide su ayuda y su misma vida. Mi Padre me enseñará y me dará cuanto necesito. ¡En Dios confío! ¡Salvadme y santificadme, Dios mío!

En los casos raros de la vida santa de San Felipe de Neri leo que en cierta ocasión, con las ansias que siempre tenía de humillarse, vio dos dominicos por la calle y aceleró el paso metiéndose entre ellos como un desesperado y diciéndolo. Los dominicos le consolaban diciendo viera cuán misericordioso es el Señor y debemos poner en El toda nuestra confianza, y San Felipe les dijo: «No, en Dios no tengo desconfianza; en quien la tengo es en mí,

que siempre digo que voy a ser mejor y nunca lo soy.» Toda nuestra confianza ha de estar en Dios.

Con Dios todo lo pondré en orden a mi santificación. Cuando en alguna manera caigo es porque me he olvidado del Señor y no puse mi confianza en su ayuda, porque confié más de lo que debía en mí mismo. La soberbia que se presenta con aspecto de humildad me pone impaciencia en mis caídas, porque me inspira que yo debo poderlo sin ponerme en las manos de Dios; es una verdadera sugerencia de mi independencia de Dios, como la tuvo el demonio, caudillo de la soberbia y de la rebeldía; pero yo sé que no puedo nada solo, que todo lo recibo de Dios, que todo lo podré poniéndome en las manos de Dios y con su ayuda; San Miguel se puso en las manos de Dios y reconoció que todo lo que tenía y lo que pudiera tener era recibido de la benignidad de Dios y se lo ofrecía para su gloria; por eso al pensamiento del reconocimiento agradecido de *¿Quién como Dios?* lo pudo todo, y fue constituido en Príncipe de los ejércitos del Señor, porque fue el príncipe de la humildad y del agradecimiento.

Así triunfaron los santos de sus propias flaquezas y de cuantos obstáculos se les presentaron. ¡Reconociendo su nada, qué confianza tenían en el Señor! ¡Cómo se entregaban a su misericordia! Lo propio mío es ser flaqueza y caída. Lo natural es que yo caiga. Si soy humilde, me pondré confiado en las manos de Dios y todo lo podré. *Quien a Dios tiene nada le falta.*

Este es y ha de ser mi programa y mi determinación: *Amar a Dios con todo mi corazón. Menospreciarme a mí mismo. Y no juzgar a mi prójimo*

amándole como a mí mismo. Soy nada; soy flaqueza y ruindad; pero Dios me ha llamado para ser santo. Dios quiere poner en mi alma santidad y hermosura; Dios quiere darme la fortaleza para triunfar. ¡Dios mío, que yo me ofrezca! ¡Dios mío, que yo quiera ponerme confiadamente en vuestras manos! ¡Qué maravillas obraríais en mí!

328. En un escrito atribuído antes a San Bernardo se dice a los monjes: Haz tu obra. Si has empezado, continúa con determinación tu camino; prosigue tu empresa de ser todo de Dios. Si no has empezado, empieza ya; que el retiro no admite en sí por mucho tiempo a lo muerto.

Quiero vivir ya perfectamente en Dios entregándome a vivir con diligencia su amor en las virtudes.

Quiero dar a Dios la gloria que me pide le de, que es mi santidad y la santidad de mi Orden. Seré responsable de la negligencia o tibieza de mi Orden si yo no la rechazo de mí siendo fiel y santo. No puedo decir que no sé ser santo. Jesús me lo ha enseñado y me lo enseña. El debe ser el libro continuo en que he de leer y aprender. Si no soy santo es porque no me determino y me engaño a mí mismo, y me engaña mi pereza y mi comodidad diciendo que no puedo o que no sé. No considero que esto es soberbia y echar la culpa a Dios de mi malicia y negligencia. Quizá no sepa resolverme en algunos casos particulares y entonces, acudiendo a Dios y poniendo mi buena voluntad, agradaré a Dios, aun cuando me equivoque. Si he cometido un error o una imprudencia y llego a reconocerlo, bendito sea Dios que me ha dejado en esta ocasión equivocarme para

que me humille y le alabe y comprenda aún mejor pues lo natural en mí es equivocarme y errar, pero que le entregue el corazón.

Quiero, Dios mío, amaros con todo mi corazón y con todas mis fuerzas. Que todas mis obras y acciones sean alabanza y amor vuestro. Que sólo piense en Vos y en lo que Vos de mí queréis. Que sólo piense en agradaros y en hacerlo todo por vuestro amor. Ni aun en que Dios me ha llamado para ser apóstol del amor he de pensar, sino serlo; mientras lo estoy pensando, no pienso tan delicadamente en Vos mismo. El ser apóstol no consiste en que yo esté pidiendo por cada uno de los hombres, sino en que yo me ofrezca y ame por todas y cada una de las almas. La bombilla no piensa que está dando luz a persona determinada, pero está luciendo para todos, sin pensarlo.

El sol está brillando, dando gloria a Dios y haciendo su divino querer. Solo en lo alto del firmamento, luce para Dios y da luz y calor y vida a los hombres y al mundo.

Este mismo es mi deber; esto quiero hacer en lo que me reste de vida. Vivir para Dios viviendo las virtudes perfectas como Dios quiere. Vivir la vida interior espiritual con el mayor amor, con el más grande reconocimiento a mi Padre celestial; *todo de El; todo en El; todo para El.* ¡Qué magníficamente cumpliré mi misión de intercesor y de apóstol! Todo porque Dios lo quiere, todo para su gloria, todo en inmolación de amor para salvación y santificación de las almas.

329. Esta será mi misión y ésta la gloria que puedo y debo dar a mi Orden y éste el bien que puedo hacer al mundo. De este modo perfectísimo seré cooperador de Jesucristo en la redención de las almas. Con esta vida daré gloria a la Iglesia y la extenderé por todo el mundo, como el sol difunde su luz y calor y lo ilumina todo. El sol no dice: voy a lucir, sino que luce para Dios y todos reciben su claridad y alaban a Dios en su sol, y no andan en tinieblas.

De este maravilloso modo brilló aquel sol esplendoroso de Santidad, la Virgen mi Madre y mi intercesora. ¡Madre mía, alcánzame esta determinación y la perseverancia! ¡Que yo sea alma de oración, de íntimo trato con Dios, y siempre me esmere por estar en su compañía! Así me comunicará la fortaleza para practicar constantemente las virtudes.

Me habéis llamado a ser religioso. Tengo que guardar delicada fidelidad a las disposiciones de mi regla y al espíritu de mi orden, que es el de permanecer unido al Señor y sólo vivir para Dios y ocuparme en lo que Dios quiere. Daré cuenta a Dios del fervor y de la santidad de mi Orden; de lo que yo, con mi ejemplo y obras, más que con mi palabra, contribuya a que se viva la santidad debida o sea causa de que se introduzca la tibieza y la anchura y se aseglare en lugar de sobrenaturalizarse. Dios cuenta conmigo y me ha puesto en este lugar para que yo en todo haga lo que El desea. Dios mío, que no os defraude.

He de buscar la santidad de las almas procurando antes la santidad de mi Orden, pero viviendo yo la santidad. No sólo aparentándola, sino viviéndola.

De este modo permaneceré en el amor de Dios, como me lo manda; estaré gozoso en tratar con El en la oración y en llenarme de su amor, en vivir con El obedeciéndole en todas mis obras no mirando mi gusto o comodidad, sino su voluntad y sus disposiciones mostradas en mi regla y en mis superiores. Y permaneceré en el amor del prójimo, en mis hermanos los religiosos y en todos los hombres, edificándoles, rogando por ellos, ofreciéndome en todo por ellos, siendo inmolación voluntaria de amor ante Dios por todos.

Dios mío, vivid continuamente presente en mi alma, y que yo viva presente y atento a Vos y viéndoos en mis hermanos y prójimos. Dadme fortaleza para ser humilde y que me mire el último en todo; para que sea caritativo y sólo repare en las virtudes de mis hermanos poniendo en todo bondad y mansedumbre, y para que siempre todo mi amor se emplee en Vos y sea para Vos. Que cumpla mi propósito de vivir siempre y en todo para Vos amándoos con todas mis fuerzas.

Sed mío, para que yo sea tuyo.

L. D. V. M.

APENDICE

ENCONTRE EL CIELO[1]

«Mientras más veía que perdía de consuelo por el Señor, más contento me daba perderle.» (STA. TERESA DE JESÚS, Vida, cap. 35.)

I

El cielo en que tanto soñaba
y buscaba fuero de aquí,
el cielo que nunca encontraba
lo encontré al encontrarte a Ti.

¡Oh Amor, que sin saberlo yo buscaba!
¿Adónde fui que no estuvieras Tú?
Cuando en el mundo nada me llenaba
era tu amor que a mi puerta llamaba.

1. Poesías compuestas por una religiosa de El Cerro de los Angeles y cantadas con música de muy dulce armonía y de grande sentimiento, y dulzura y de actualidad.

El cielo, que otros han ganado,
Tú, Señor, me lo has dado a mí;
sin merecerlo, lo he encontrado;
lo encontré al encontrarte a Ti.

Cuando mi corazón inquieto estaba
y ya tenía sed de algo mejor,
cuando mi corazón inquieto estaba.
era mi Dios, que mi amor mendigaba.

El cielo que al fin he encontrado,
nadie ya me lo ha de quitar;
pues aunque el sol se haya ocultado,
sé que al fin volverá a brillar.

Cuando veo mi nada y mi pobreza,
y apenas puedo alzar la vista a El;
cuando veo mi nada y mi pobreza,
es que mi Dios quiere ser mi riqueza.

El cielo que tanto he buscado,,
lo encontré al encontrarte a Ti
cuando dejé en Ti mi cuidado
y empecé a olvidarme de mí.

Cuando me siento sin ningún consuelo
y el cielo está cerrado para mí;
cuando me siento sin ningún consuelo
es cuando estoy ya más cerca del cielo.

¡Oh Amor, que así me has esperado!
¡Y qué tarde te conocí!

¡El cielo que tanto he buscado
lo encontré al encontrarte a Ti!

II

Llamada de Dios

Dios ha pasado buscando amor;
Dios ha llamado a tu corazón.
Viene tan escondido
que no le han conocido.
¡Mete tan poco ruido!...

Dios ha pasado buscando amor;
Dios ha llamado a tu corazón.

Tú que andas buscando un amor,
que no te llena,
mira que está el amor
a tu puerta.

¡Oh, tú, que tienes hambre y sed!
Dile que venga.
¡Quizá no pase más!
¡Quizá ya no vuelva!

Dios ha pasado buscando amor;
Dios ha llamado a tu corazón.

En el mundo helado
su tienda ha plantado.
¡Qué sólo le han dejado!

Dios ha pasado buscando amor;
Dios ha llamado a tu corazón.

III

La Casa de Dios

Alma, que en la vida
en vano has buscado
un puerto seguro para descansar.
Alma venturosa,
que aquí has encontrado
un amor que nunca
te puede faltar.
El es el que te ha buscado
Y entre tantos te ha elegido.
¡Todo son misericordias
del amor que te ha tenido!

Casa del Carmelo
la que yo escogí;
Tú me has enseñado
que amar es sufrir.
Todo lo he encontrado
al encontrarte a Ti.
¡Oh casa bendita
donde he de vivir!...

«Es este Carmelo
un cielo en la tierra
para aquel que quiere
a Dios contentar.»

Es su yugo suave,
su carga ligera
y su senda estrecha
camino real.

Aquí se goza sufriendo
y se sonríe llorando.
Aquí se vive muriendo;
aquí se muere cantando.

Casa de María
que me trajo aquí;
dentro de tus muros
qué dulce es vivir.

¡Oh casa bendita
de Teresa y Juan!
¡Si vivir es dulce,
morir qué será!

Campanita, campanita;
di ¿por qué tocas a vuelo?
Por una Carmelita
que está llegando al cielo.

¡Ya está el cielo abierto!
¡Ya llegas allí!
¡Cuánta capa blanca!
¡Cuántas Carmelitas,
que se hicieron santas
padeciendo aquí!
¡Quizás en este coro
o en esta celdita

donde encontré tanto
y fui tan feliz!...

—¿No ves qué pronto ha pasado
todo lo que has sufrido?
¡Benditos estos trabajos
que tal premio
me han valido.»

Ya se abre la puerta;
tú llegas allí.
¡Oh qué dluces brazos
se abren para ti!...

Allí está tu madre...
Se acercan los dos...
¡Bendito Carmelo,
que me llevó a Dios!...

L. D. V. M.

INDICE

A los amados religiosos y religiosas mis hermanos ... 7

I LECTURA-MEDITACIÓN. *(Víspera de los Ejercicios.)*

Tener sed de Dios 13
1. Vida de amor en Dios durante este retiro. — 2. Dios me mira y me ama; yo busco a Dios. — 3. Dios ha dado sed de vivir para El y su vida eterna. — 4. Soy religioso para vivir vida de Dios. — 5. Para vivir a Dios ha de ofrecerse humilde y morir a sí mismo. — 6. Obstáculo que me impide vivir a Dios y vida de cielo. — 7. Qué es vida eterna. — 8. Dios comunica vida eterna en la soledad y silencio. — 9. Días de luz y recogimiento como en el cenáculo. — 10. Dios es la vida del religioso.

II LECTURA-MEDITACIÓN. *(Primera del primer día.)*

Soy religioso para darme todo a Dios en amor 30
11. Dios llama al religioso para vivir en El mismo. — 12. Dios quiere llenarme de luz y hermosura. — 13. Qué es el reino de los cielos, que está en mí. — 14. La vida del religioso es de amor de Dios. — 15. La oración es ejercicio de amor de Dios y recibir vida de Dios. — 16. Vivir la vida de luz y de amor es propiedad del alma de oración. — 17. El alma de oración es alma santa. — 18. Dios es la vida y el amor del Carmelita. — 19. Dios está en el entendimiento de quien se le ofrece. — 20. Jesús escondido • inmolado en amor, modelo del religioso. — 21. Bellísima realidad del

alma llena de amor. — 22. Sólo Dios puede dar su amor y lo da a quien se le ofrece. — 23. El reino de los cielos está en el alma que ama. — 24. Es la soledad un cielo porque en ella se vive a Dios. — 25. Jesús vive en el alma fiel y ama con ella. — 26. Petición de la vida eterna. — 27. Petición del fuego de amor y entrega a Dios.

III LECTURA-MEDITACIÓN. *(Segunda del primer día.)*

Mi fin es amar. Amar a Dios es entregarme a Dios. Amar a las almas es ofrecerme a Dios por las almas. Dios da su amor a los humildes 54

28. Mi fin como religioso. — 29. Fin de mi Orden y mío. — 30. El amor me enseña a ser de Dios. — 31. Dios comunica su vida y amor en proporción de la entrega del alma. — 32. Dios me ama y me ofrece su amor. — 33. Dios es nuestro, porque se nos da. — 34. Dios acude amoroso a quien le invoca. — 35. Mi misión es inmolarme a Dios en amor. — 36. El amor de Dios enseña a vivir en Dios. — 37. Deseos del alma y pobreza que en sí misma ve. — 38. El que ama se inmola con Jesús. 39. Debe pedir por las almas. — 40. Mi intención esté en Dios. — 41. Humildad y confianza en Dios. 42. El humilde confía en Dios. Dicho de S. Felipe. — 43. Pide a Dios la perfección y confía obtenerla. — 44. La oración y expiación convierten las almas. — 45. La Virgen, modelo de inmolación. 46. Ofrecimiento a Dios.

IV LECTURA-MEDITACIÓN. *(Primera del segundo día.)*

Mi fin de religioso es ser santo. Para conseguirlo me pondré en las manos de Dios 81

47. Dios ha puesto en mi alma sed de El. — 48. Seré perfecto cuando haya muerto al mundo y a mí mismo. — 49. Me ha llamado Dios al convento para que sea perfecto. — 50. Llega a la perfección el alma, que confía en el Señor ofreciéndosele. — 51. Se encuentra a Dios en la soledad espiritual. — 52. Donde tengo mi tesoro está mi corazón. — 53. Para recibir la vida o amor de

Dios he de morir a mi amor propio. — 54. Desconfianza de sí y confianza en Dios de San Felipe de Neri. — 55. Siembra simbólica en esperanza y canto de gloria en la Profesión. — 56. Dios enriquece a los pobres de espíritu. — 57. Dios funde al alma para sobrenaturalizarla. — 58. Dios es mi defensa y mi vida; me ama y embellece. — 59. El alma, teniendo a Dios, puede más que los demonios y la temen. — 60. Confianza en Dios y entrega total.

V Lectura-Meditación. *(Segunda del segundo día.)*

Mi fin de religioso es ser santo y cuidar de la honra de Dios 100

61. Soy hijo de Dios. — 62. Mi fin es amar a Dios y cuidar de su honra. — 63. Mi petición a Dios ha de ser de amarle. El se encarga de lo demás. 64. ¿Qué hace el religioso en su convento? — 65. El amor enseña la ciencia del ofrecimiento y de la expiación. — 66. ¿Qué hago en mi convento? — 67. Celo de San Elías por la gloria de Dios. — 68. Los Santos dieron gloria a Dios con el amor silencioso. — 69. La vida santa de San Elías es mi modelo. — 70. Porque San Elías se entregó a Dios, le obedecieron los elementos. — 71. La Virgen es mi Madre y mi modelo perfecto. — 72. Nazaret fue el lugar donde más se amó a Dios. — 73. Santa Teresa, escogida para cuidar de la honra de Dios. — 74. Los religiosos santos arden en fuego de amor de Dios. — 75. La Virgen era el alma de los apóstoles y de las conversiones. — 76. Con mi recogimiento también ganaré almas para Dios. 77. La humildad me pondrá en Dios y hará fuerte. — 78. La Virgen llena el convento como llenaba el cenáculo. — 79. Entregaré el corazón a Dios. 80. Grandeza de la vida interior. — 81. Dios es la fuente de la vida eterna. — 82. Las tres mujeres junto a la Cruz son el consuelo de Jesús. — 83. El amor enseña a amar.

VI Lectura-Meditación. *(Primera del día tercero.)*

La oración. La oración que Dios enseña. Es el medio imprescindible para llegar a la perfección a que Jesús me ha llamado 127

84. Los días de retiro son para estar con alegría junto a Dios amándole. — 85. Los días de retiro son para darme a Dios y recibir de El. — 86. No debo tener miedo a Dios mi Padre, sino amor. — 87. La oración es lo más grande y hermoso, porque es amor de Dios. — 88. Deseo del alma de ser alma de oración. — 89. La oración es la gloria y el gozo del alma. — 90. La oración es estar viviendo en Dios y recibiendo de El. — 91. Santa Teresa dice cuál es la mejor oración. — 92. La oración es amar y ejercicio de amor. — 93. Dios saca al alma del fervor y la pone en la aridez. — 94. Oración de fe u oración de Dios. — 95. — Cómo en la oración Dios llena al alma. — 96. Sólo Dios puede dar su amor. — 97. Dios da su amor y oración a quien se lo pide y lo procura. — 98. Al humilde y fiel da Dios su amor y oración. — 99. Dios es Maestro y habla y enseña calladamente al alma. 100. Dios enseñó a los Santos a orar. — 101. El alma ora mirando a Dios y atendiendo a que Dios la mira. — 102. Tentación de dejar la oración y modo de triunfar. — 103. Vuelo del alma en Dios por la humildad. — 104. Obra maravillosa de Dios en el alma. — 105. Tiempo de aridez; es magnífica oración. — 106. Permanecer constante en la oración en silencio. — 107. Vivir de fe en la oración. 108. Maravillosos efectos de la oración de fe. — 109. Dios y el alma solos en el mundo. — 110. David dice: siempre estoy junto a Ti. — 111. El alma se impregna de esencia o perfume divina. — 112. Dios es para el alma todas las cosas y es la oración del alma. El alma se pone en Dios. — 113. Dios en lo íntimo de mi ser y yo niño en los brazos de Dios. — 114. El alma esperando a Dios en la noche. — 115. Unión con Dios en silencio y atención. — 116. Orar es amar y amar, entregarse. Dios se entrega. — 117. Jesús en el Sagrario ense-

ña esta oración. — 118. Os espero, mi Dios, hacedme vuestro.

VII LECTURA-MEDITACIÓN. *(Segunda del día tercero.)*

Medios humanos para conseguir la oración. Sólo Dios pone la oración íntima en el alma 176

119. San Pablo desea poseer totalmente a Dios. 120. Dios haciéndose prisionero del alma por amor. — 121. Qué es oración. — 122. Al principio ayudan a la oración los libros y el confesor. Más tarde, sólo Dios da su oración. — 123. Dios enseñó a la Virgen. Dios pasa al alma de la oración del sentido a la del espíritu. — 124. Dificultad para tratar con Dios por su infinita grandeza y la pequeñez del alma. Dios levanta al alma. — 125. La humildad, primer medio para ser alma de oración. — 126. Atención a Dios para ser alma de oración. — 127. Cada alma es como centro del universo, pues está Dios en ella. — 128. La oración es puerta de todo bien y del cielo. — 129. No acortar el tiempo señalado para la oración. — 130. El tiempo de la oración es tiempo de Dios. Voy a agradarle a El. — 131. Esperaré a Dios, que es esperar todo bien. — 132. Sólo Dios puede sembrar cielo en mi alma. — 133. Dios no toma posesión del alma que gusta de mundo. — 134. Necesidad de tener limpieza y delicadeza de conciencia. — 135. Humillación íntima ante Dios y ante los hombres. — 136. Jesús en el Sagrario me enseña a orar y a amar. — 137. Debo morir a mí mismo para recibir vida de Dios. — 138. La oración lo consigue todo.

VIII LECTURA-MEDITACIÓN. *(Primera del día cuarto.)*

De la presencia de Dios 208

139. Virtud de la presencia de Dios. — 140. Dios está en mi alma como amor, vida y hermosura. 141. He venido al claustro para vivir en presencia de Dios. — 142. La vida espiritual del claustro es presencia de Dios. — 143. Dios, presente en el alma, obra amor. — 144. La fe me dará la presencia

de Dios y el recogimiento. — 145. Dios me purificará y llenará de su amor. — 146. Dios me trae al claustro y da su amor al humilde. — 147. Mi vida y mis obras están ante los ojos de Dios. — 148. Dios es el cielo del alma. — 149. Dios, hermosura infinita, está en el alma poniendo hermosura. — 150. Dios se da al alma. — 151. Dios hace al alma cielo. — 152. Hermosura del alma en Dios. — 153. El alma limpia canta la gloria de Dios. — 154. Por la presencia de Dios el alma ve a Dios en sí misma y todo lo puede. — 155. Dios está en mi infinito y me llena de Sí. Debo ocupar mis potencias en Dios. — 156. Presencia de Jesús por las festividades. Eucaristía y Nazareth. — 157. Santa Teresa y San Juan de la Cruz tenían sus potencias llenas de Dios. — 158. A Dios se le ve dentro de nosotros mismos por la seguridad oscura de la fe. — 159. El alma pide a Dios su presencia y medios para conseguirla. — 160. Ofrecimiento de sí a Dios y súplica.

IX Lectura-Meditación. *(Segunda del día cuarto.)*

Dios en el alma y el alma en Dios 211

161. Dios en mí y yo en Dios. — 162. Dios conmigo hace cielo de mi convento. — 163. Dios me ha llamado junto a El para dárseme y llenarme. 164. Dios me ama y eternamente me amó. — 166. Dios infinito obra en mí y está todo en mí y yo a solas con El. — 167. Dios en mi alma y mi alma como centro del mundo. Me da su misma vida. — 168. El alma más limpia recibe más vida de Dios. — 169. Dios hace un cielo del alma que le ama. — 170. Infinita perfección de Dios y está todo en mi alma. — 171. Dios está en el alma de sus amados y más durante la tentación y sequedad. — 172. Dios me atiende confidencialmente cuando le hablo. — 173. Dios atiende cuidadosamente en la tentación. — 174. El alma se une a Dios en amor por fe y obras de fe. — 175. El alma está en Dios y Dios la hace cielo. — 176. Mirar dentro del alma a Dios, suma belleza. — 177. El alma limpia colgada de Dios, canta su alabanza.

178. Gozo del recogimiento en Dios. — 179. La vida interior es amor gozoso en Dios a solas. — 180. El alma pide a Dios entregarse a El totalmente. — 181. Alabanza al retiro monástico.

X Lectura-Meditación. *(Primera del dia quinto.)*

Dios labra amorosamente y llena al que se niega a sí mismo 277

182. Se retira al convento para vivir la vida de amor de Dios. — 183. Temor de no adelantar en el amor. Gozo de que ya en el cielo se ve el amor. 184. Agradecida el alma por el tesoro que Dios la dio, se ofrece y le da el tesoro. Dios es mi Padre y mi Maestro y todo me lo ordena. — 185. Negarse a sí para recibir a Dios. — 186. Jesús se da a quien se le entrega. — 187. Las flaquezas y el sueño humillan, pero no se desconfía en el Señor. — 188. Todos son instrumentos de Dios para labrarme. — 189. Obedecer y amar es amar a Dios. — 190. Verse en la mirada de Dios da virtudes. — 191. La falta de fe ocasiona flaqueza y desidia. 192. Todo ha de mirarse a la luz de la fe con prudencia divina. — 193. Victoria y gozo del que confía en Dios. Fe en Dios en los menosprecios. — 194. El trato con Dios da delicadeza, suavidad y unión. — 195. La vida interior es recogimiento y santidad. — 196. Sólo Dios puede dar la vida interior a los recogidos. — 197. Las visitas destruyen la vida espiritual y desacreditan. — 198. Dios provee espiritual y materialmente a los entregados. 199. Dios da el don de la oración a quienes se le entregan. — 200. Las virtudes son la verdadera santidad.

XI Lectura-Meditación. *(Segunda del día quinto.)*

Deseos de amar a Dios y de ver a Dios 307

201. El fin de retirarse al convento es para vivir la verdad eterna. — 202. La perfección divina supera toda idea. — 203. Grandeza y perfección de Dios. — 204. Admiración por lo incomprensible de Dios. — 205. Dios, hermosura infinita, está en

lo íntimo del alma y para ella. — 206. En Dios se encuentra todo bien. — 207. El alma se ofrece a Dios y le pide amarle sobre todas las cosas. — 208. El alma amante de Dios se le ofrece, alaba y pide por todos. — 209. Deseos de ir a ver a Dios en el cielo. — 210. Dios es el infinito inteligente actual en infinito gozo y es el sumo deseable. — 211. No se puede dejar de desear a Dios, y es contra razón no desear ir a verle. — 212. En la Religión se aspira a ser amor de Dios como en el cielo. — 213. Mi fin es amar al Amor y hacerle amar en escondido. — 214. Vivir en la Orden de la Virgen es vivir en vela de amor y ser víctima voluntaria de amor. — 215. Debo ser en la Iglesia como raíz escondida y como sol vivo. — 216. El alma desea a Dios y le pide perdón, amor y virtudes. — 217. El alma envidia santamente a los Santos que ardían en amor y se lo pide al Señor.

XII LECTURA-MEDITACIÓN. *(Primera del día sexto.)*

Mortificación 338

218. Cuando el alma coopera, la da Dios la vida interior en proporción. — 219. La vida interior se ve en las virtudes. — 220. La mortificación es necesaria para la vida interior. — 221. Llamado por Dios, escogí yo la mortificación. — 222. La mortificación suele ser la medida de la santidad. — 223. La penitencia interior en la obediencia. — 224. La humildad y la negación de sí mismo, la primera y principal penitencia. — 225. La Virgen fue humildísima. — 226. La penitencia de dominar el mal carácter. — 227. La penitencia de estar apartado del mundo y de lo mundano. — 228. El religioso para ser espiritual ha de privarse de curiosidades. — 229. El religioso que busca trato de gentes no dejó el mundo. — 230. Causa de las caídas del religioso. — 231. Obras del verdadero religioso y del que sólo lo parece. — 232. La mortificación del recogimiento espiritualiza y une a Dios. 233. Cuándo el religioso ha de salir del convento. 234. Jesús y la Virgen, modelos del religioso. — 235. La mortificación del dominio propio y la deli-

cadeza. — 236. Sin recogimiento no se obtiene el don de la oración. — 237. Mérito y valor de la penitencia corporal. — 238. El recogimiento prepara el alma para ser morada limpia de Dios. — 239. Petición para conseguir el fin último.

XIII Lectura-Meditación. *(Segunda del día sexto.)*

La observancia regular da gloria a Dios, es medio seguro de santidad individual y de expiación por las almas 378
240. Es fácil agradar a Dios. Muchos le agradan y aman ardientemente. — 241. El religioso fielmente observante se hace pronto santo. — 242. El amor, la mortificación y la oración son la santidad del individuo y de la Orden. — 243. Cada Orden vive su fin propio y la observancia de sus leyes. — 244. La observancia es la penitencia que Dios me ha señalado para ser santo. — 245. El religioso interior y exteriormente observante es santo. — 246. Sé que viviendo la observancia hago la voluntad de Dios. — 247. Depende la santidad y el florecimiento de mi Orden de la fidelidad mía en vivirla. — 248. La observancia es penitencia más meritoria y agradable a Dios que la que yo escojo. 249. Viviendo como mis Santos Padres, seré santo como ellos. — 250. Modo de influir en el mundo las Ordenes religiosas. — 251. Lo que Dios quiere de mí.

XIV Lectura-Meditación. *(Primera del día séptimo.)*

El religioso es la alabanza a Dios en el Oficio Divino. 414
252. Gozo del alma viéndose morada de Dios. — 253. El trabajo ayuda para tener atención a Dios. 254. La clausura y convento son para vivir en Dios. — 255. Vivir la ascética es lo santo. — 256. La misión del religioso es vivir ante Dios alabándole y suplicándole. — 257. El Oficio Divino, la gran alabanza a Dios. — 258. La alabanza en latín de los que lo ignoran. — 259. La lengua del cielo. — 260. Eficacia del Oficio Divino en favor de las almas y del mundo. — 261. Alabanza a Dios en

unión de los santos, bienaventurados, ángeles y del mismo Jesucristo. — 262. El alma sencilla alaba en intimidad de amor con Dios en fe. — 263. La reverencia y delicadeza en el rezo. — 264. Deber de rezar recogido y unido con Dios y gozo en ello. 265. La salvación de las almas y mi rezo. Me escogió Dios. — 266. Mi rezo ha de ser santo en justicia por mis bienhechores.

XV Lectura-Meditación. *(Segunda del día séptimo.)*

El misionero de Cristo y el ejercicio de su misión ... 448

267. Necesidad del apostolado en la Iglesia. Los dos apostolados. — 268. Mutua ayuda y unión del apostolado activo y del contemplativo y expiatorio. Los dos forman el cuerpo místico de Cristo. 269. Jesucristo fue el misionero del Padre para la redención del mundo. El misionero ha de ser santo como Jesús. — 270. Jesús, misionero perfectísimo, empezó su misión por la vida recogida, humilde y de ofrecimiento a su Padre. — 271. El misionero empieza su ministerio redimiéndose a sí mismo. — 272. Jesús formó a sus Apóstoles para el ministerio y del mismo modo quiere a sus misioneros. — 273. Jesucristo, modelo de sus misioneros, vive primero su misión en Nazareth en vida pobre, desconocido y ocupado en rudo trabajo. — 274. Jesús, como misionero del mundo, ofrece a Dios en silencio todas sus altísimas cualidades en obsequio callado y humilde. — 275. El misionero ha de dar gloria a Dios y de salvar las almas entregándose a Dios como Jesucristo. — 276. Cómo ha de ser la vida del misionero. — 277. Cómo es el misionero de Jesús. — 278. El espíritu del verdadero misionero. — 279. San Pablo, misionero de Cristo y enseña cómo han de ser los misioneros. 280. Los misioneros San Vicente, el B. Juan de Avila y el B. Diego de Cádiz, me enseñan que he de ser santo como un ángel para ser misionero. 281. Preparación para el ministerio de la predicación según el B. Juan de Avila. — 282. Espíritu del misionero según Pío XII. — 283. Error del misio-

nero. — 284. Súplica del misionero y examen propio.

XVI Lectura-Meditación. *(Primera del día octavo.)*

Rectitud de intención 495
285. No seré alma de oración si no crecen las virtudes con la oración. — 286. Para librarse del peligro, huir de lo mundano y refugiarse en el silencio. — 287. La rectitud de intención tiene presente a Dios y pone virtudes. — 288. Rectitud de intención en los que mandan. Ver en ellos a Dios. 289. El Superior, gran responsable del florecimiento o decadencia de los institutos religiosos. 290. El Superior ha de ser mártir o cae en traidor. 291. El Superior santo mira a sólo Dios y sirve a todos como al mismo Dios. — 292. La rectitud de intención se ve en la obediencia a la voluntad divina en las leyes. — 293. Todo Superior está en lugar de Dios. A Dios obedezco en él. — 294. La rectitud de intención es actualidad de amor con virtudes. — 295. La rectitud de intención transforma los actos sencillos en heroicos, santifica la persona y la orden. — 296. Llena las potencias de Dios limpiándolas de lo terreno. — 297. Cuando se obedece mirando a Dios, se gana libertad y santidad. — 298. El alma en la obediencia siempre acierta, sale ganonciosa y lo puede todo. — 299. La santidad es hacerlo todo por Dios, olvidándose de sí mismo. — 300. Es el modo para entrar en la atmósfera de luz de Dios y santidad. — 301. Por la obediencia lo transforma todo en amor de Dios. 302. Petición a Dios para alcanzar la rectitud de intención y su amor en obras santas futuras.

XVII Lectura-Meditación. *(Segunda del día octavo.)*

Jesús y Maria, mis guías y modelos 548
303. Los Apóstoles esperaron con ansia, recogidos, la promesa de Jesús. Efectos que recibieron. — 304. Oración y vida en el Cenáculo. — 305. Dios me ha llamado. ¿Cómo vivo y oro yo? — 306. Estoy en la casa de Jesús y El conmigo como con

los Apóstoles. Me promete lo que a ellos. — 307. Los Apóstoles, atentos y concentrados con Jesús por miedo a los judíos. — 308. Ejemplo de Jesús. Obrar como El y en su compañía. — 309. Devoción, recuerdo y compañía de Jesús para obrar la santidad. — 310. Jesús, camino, verdad, vida y confianza. — 311. Con Jesús puedo y debo conseguir mi fin de santidad. El es mi vida. — 312. La Virgen, mi intercesora y modelo. — 313. La vida de la Virgen, modelo para el religioso en el trabajo ordinario, en su vida interior y oración. — 314. La Virgen, modelo para todos; como Madre mía me enseña; es víctima de amor y de expiación. — 315. Jesús vivía con la Virgen y los dos conmigo; mi trabajo, recogimiento y apostolado con ellos. — 316. Meditar sobre la vida y pasión de Jesús. — 317. Mi santidad con Jesús, donde vivo. 318. Seré santo. Tres cosas me pide Dios. El me dará la fidelidad y perseverancia.

XVIII Lectura-Meditación. *(Ultima del retiro.)*

Perseverancia en el amor de Dios 602

319. Estar con Dios para entregarse y limpiarse. 320. Días de paz y de entrega en la compañía y trato íntimo con Dios. — 321. Amar a Dios como Jesús, y Dios me amará como a Jesús, hasta la unión de amor. — 322. Dios me pide mi amor. Ama el que guarda los mandamientos. — 323. La entrega a Dios es confianza en Dios. — 324. Qué es permanecer en el amor de Dios. — 325. Correspondencia a Dios del alma humilde y su paz y libertad. — 326. Mi misión es de amar a Dios y que todos le amen. El amor da confianza y es humildad y abnegación. — 327. Confianza en el Señor. Con El todo se puede. — 328. Determinación de ser totalmente de Dios. — 329. Santo, seré el bien para mí, para mi Orden y cooperador de Dios en bien de las almas.

Apéndice (Poesía). *Encontré el cielo* 621
II. *Llamada de Dios* 623
III. *La casa de Dios* 624

OTROS LIBROS DEL MISMO AUTOR EN NUESTRA EDITORIAL

Con Dios a Solas, 3ª Edición, de 640 páginas
La Gracia Deifica el Alma, 3ª Edición, 610 páginas
Al Encuentro de Dios, 3ª edición, 356 páginas
Alegría de Morir, 2ª edición de 608 páginas
Oración Mental según Santa Teresa, 5ª ed. 224 pág.
La Divina Eucaristía, con 260 páginas
La Inhabitación de Dios en el alma, 4ª Ed. 128 pág.
¿Cómo tendré yo oración?, de 128 páginas.